

Fernando Salmerón

LA FILOSOFIA ANALITICA

I

Lo que en los días que corren suele llamarse “filosofía analítica” es un movimiento intelectual que puede ser contemplado desde diversos ángulos y que, desde todos ellos, aparece como una realidad muy diversificada. Visto como un conjunto de temas sería difícil distinguirlo de cualquier otro movimiento filosófico del pasado, salvo tal vez de aquellos que —dicho sea de un modo general porque se dan también las excepciones que confirman la regla— elevaron a problemas centrales ciertos asuntos de la teología que posteriormente dejaron de lado los filósofos de la edad moderna. Porque un buen número de cuestiones que se discuten en la actualidad de una manera muy viva no son materias planteadas por primera vez en la historia de la filosofía —sino planteadas en otros términos, descritas en un estilo diferente y tratadas a veces con nuevos recursos metódicos.

Aunque en un grado menor, algo parecido sucede cuando se consideran los métodos con que los filósofos enfrentan aquellos temas, si bien aquí resulta menos difícil establecer diferencias y hallar caminos de orientación. La palabra análisis justamente puede servir como guía inicial para este intento, con tal de que no olvidemos sus formas clásicas, al menos dentro del pensamiento contemporáneo, y podamos estar atentos a lo que cada una de estas formas da por supuesto.

La “historia reciente del análisis” ha sido relatada, en más de una ocasión, por diversos autores, para que resulte indispensable recorrer sus etapas una vez más. Y toda ella ha sido historia del análisis del lenguaje: de expresiones, términos y conceptos aislados o de estructuras más o menos complejas, mas en ningún caso de análisis directo de otro tipo de fenómenos —complejos sensibles o esencias—, como fue en otro tiempo el de la fenomenología.

Cuando se trata de este tipo de pronunciamientos filosóficos, “concepto” debe entenderse de la manera más general y abstracta, como una abreviatura conveniente para referirse al contenido significativo de determinadas palabras o a las propiedades que definen una clase. Sin que, en ningún caso, pueda entenderse en el sentido de alguna teoría que acepte o rechace entidades de cualquier género. Por ejemplo, un análisis del concepto de *Educación*, del concepto de *Libertad* o del concepto de *Relación*, no está comprometido por sí mismo con una determinada *Teoría del concepto*. Aunque, por otra parte, el análisis pueda revisar críticamente una variedad de

creencias, usos, hábitos y teorías asociadas con la palabra sometida a examen.

Pero aún localizado nuestro interés en el análisis del lenguaje, conviene insistir en el punto relativo a sus supuestos que es lo que, al fin y al cabo, permite distinguir varias prácticas o modelos de aplicación. Porque si por análisis se entiende sólo el intento de precisar y separar las partes de una realidad más o menos compleja, para establecer elementos más simples y buscar las posibles relaciones entre ellos, las diferencias en el ejercicio del análisis resultan apenas perceptibles. Los rasgos se ahondan solamente cuando en la observación de una práctica filosófica se pone al descubierto aquello que suponen sus métodos en el tratamiento de los conceptos y de las expresiones en general, que son los objetos del análisis.

La sola declaración, por ejemplo, de establecer una “geografía conceptual”, supone en los conceptos examinados algo más que la mera aptitud de ser analizados y separados en partes más simples. Supone que las relaciones entre los conceptos pueden ser establecidas de tal manera que aquellos queden dispuestos “como en un mapa”, y que las relaciones resulten en algún punto comparables a otras de cercanía o contacto, independencia o distancia. Y, todavía más, supone que esta nueva disposición de los conceptos es una manera de reformularlos en términos mejores, en términos que permiten llevar a cabo con ellos operaciones que no era posible cumplir antes del análisis.

Un punto de visita más extremo, que hace uso de una imagen médica para acentuar esta función del análisis de reconstruir o reformular el lenguaje en términos mejores, añade o hace explícitos otros aspectos más específicos. Añade, por ejemplo, que el lenguaje objeto del análisis es el lenguaje ordinario, pero que éste se nos da hasta tal punto contaminado de desorden, engaño y confusión que debe ser “tratado” como paso previo a cualquier otra consideración filosófica, y que este tratamiento analítico tiene justamente un alcance terapéutico. Por debajo de la exageración contenida en tal metáfora, este punto de vista mantiene viva la idea de una paráfrasis ideal del discurso ordinario, que permite traducir nociones problemáticas a conceptos más precisos o mejor dispuestos, que ya no puedan inducir a error.

Este intento de reformular las nociones del lenguaje ordinario parece ser, por decirlo así, la médula del análisis clásico —pero por sí mismo no compromete el camino a seguir. Como no excluye la posibilidad de ofrecer lenguajes artificiales, tampoco la supone de una manera necesaria. Deja abierto el paso, por otra parte, para un análisis meramente lógico que muestre las complejidades de una proposición y su valor exacto, pero igualmente permite ir más allá del análisis mismo y desembocar en una opción metafísica. En este

Texto de una conferencia dictada en el Colegio Nacional dentro del curso titulado “Tres lecciones de filosofía”, en octubre de 1978. Una versión preliminar muy resumida fue presentada en el IX Congreso Interamericano de Filosofía, celebrado en Caracas, Venezuela, en junio de 1977.

segundo caso, la reflexión filosófica pone el acento ya no en la forma de la proposición sino en su relación con las cosas y ofrece una teoría epistemológica, a partir de la cual busca entre las cosas las entidades fundamentales. Al traducir una proposición, lo que hace es eliminar los nombres de las cosas complejas a cambio de nombres de entidades más simples —pero no pierde de vista la pretensión de que el contenido de la proposición no se modifica. Cualquiera que sea la conclusión, sin embargo, quedará bien claro que no se da ninguna relación de necesidad lógica entre la práctica del análisis y las consecuencias metafísicas. Si del análisis y de la teoría epistemológica pudiera resultar, por ejemplo, que los objetos materiales del mundo que nos rodea se reducen en último término a construcciones lógicas a partir de los datos sensibles, no habría manera de trazar ninguna liga necesaria entre la filosofía analítica y el empirismo. Ni, por tanto, sería posible eliminar, sobre la base del puro compromiso analítico, una variedad de problemas genuinos que el empirismo ignora.

II

Y así como el análisis del lenguaje no está conectado de manera necesaria al atomismo lógico de una visión empirista de la realidad, tampoco está ligado a las limitaciones de lo que recientemente se ha podido calificar de atomismo sintáctico. En algún momento de la historia del análisis se intentó el estudio del uso de los conceptos considerados aisladamente, aunque siempre a título de tarea filosófica preliminar. La propuesta inicial de una gramática racional o de una gramática filosófica se ha transformado y robustecido en los años recientes. El desarrollo de la gramática transformacional, que ha llamado la atención sobre una estructura gramatical profunda, opuesta a otra estructura superficial, contribuyó con esto al estudio de los aspectos más formales del lenguaje: la sintaxis y la morfología. Frente al análisis que pareció restringirse, en una cierta etapa, al estudio fragmentario del uso de términos y expresiones, en detrimento de la posible organización sistemática de los resultados, las investigaciones más recientes han insistido en llevarlo a más ambiciosas tareas filosóficas. Así como se habla de una gramática de la poesía, en el campo de los estudios literarios, se emplea una nueva imagen en los dominios del análisis —se habla de una gramática de la filosofía. Y se trata de pasar del estudio de las relaciones entre los conceptos y sus significados al de las relaciones entre los conceptos mismos, en busca de los aspectos más sistemáticos y formales, y de hipótesis más amplias en la explicación de estos aspectos.

Ahora bien, lo que supone la metáfora de la gramática no elimina ninguna de las posibilidades permanentes del análisis, aunque insista más abiertamente en el estudio de los sistemas conceptuales. Lo que pretende es formular, lo más explícitamente posible, las reglas del uso del lenguaje pero, sobre todo, insistir en sus aspectos estructurales y proponer teorías acerca de esas estructuras en su totalidad. Con esto quiere explicar la relación que se da entre los conceptos fundamentales de ese vasto y refinado aparato con el que manejamos en nuestras expresiones las realidades del mundo y nuestra comunicación con el prójimo: los conceptos que en la terminología de la tradición filosófica occidental han llevado, casi siempre, el nombre de *categorías*.

Cuando en nuestras conversaciones decimos que algo es distinto a otra cosa o que no lo es; decimos que existe en un

cierto momento y lugar; afirmamos que conocemos o sabemos que es real, etc., usamos nociones del lenguaje ordinario de acuerdo a reglas que indican su uso correcto. Estas nociones son, por ejemplo, identidad, existencia, tiempo, espacio, conocimiento, realidad... Y es tarea de la filosofía analítica esclarecer el significado de cada uno de estos conceptos acerca del mundo; formular explícitamente aquellas reglas y los principios que su práctica supone; descubrir las relaciones estructurales entre estos y otros conceptos fundamentales no nombrados en el ejemplo; proponer teorías sobre sus enlaces necesarios, esto es, sobre las relaciones entre conceptos y sobre el sistema entero de las categorías; y, finalmente, sobre la relación de nuestros conceptos con la realidad.

Aún hay más, si queremos insistir en la complejidad del lenguaje ordinario: el campo específico de la moralidad y de la acción humana. Bueno o malo, justo o injusto, conciencia y castigo, intención y libertad, razón y pasión, creencia y actitud, mente y cuerpo, etc., son ejemplos de otra serie de conceptos fundamentales que plantean dificultades peculiares. Dificultades como aquellas que derivan de distinguir las expresiones descriptivas de las realidades empíricas, de aquellas que ponen de manifiesto alguna forma de evaluación y que, por tanto, no son descriptivas o, al menos, no son exclusivamente descriptivas. O dificultades de otra índole, como aquellas que surgen de considerar el empleo de un vocabulario compuesto de términos físicos para la descripción de la conducta humana como si fuera un mero movimiento corporal, cuando dentro del propio lenguaje ordinario puede darse la descripción del mismo evento en términos psicológicos y mentales.

Pero, sin detenernos en estas cuestiones —problemas filosóficos de la más honda tradición—, es fácil darse cuenta del punto de complicación a que pueden llegar las tareas del análisis y, por supuesto, de la complejidad de las teorías requeridas. Debemos señalar, sin embargo, un problema más grave todavía, que se conecta con uno de los ejemplos acabados de señalar: el de la relación entre el lenguaje ordinario y el de las disciplinas científicas especializadas.

Es evidente que los esquemas conceptuales del lenguaje ordinario difieren, en gran medida, del vocabulario que las ciencias emplean en el tratamiento de sus respectivas materias, y cuyo dominio exige un entrenamiento especial, cuando no una verdadera experiencia teórica. Es verdad, igualmente, que las ciencias definen sus propios conceptos con la mayor precisión y establecen las reglas que gobiernan su uso —de modo parecido a como lo intentan los gramáticos que trabajan con los lenguajes naturales. Sin embargo, nada de esto impide que podamos hablar del significado de los conceptos científicos y de los principios que se dan por supuestos al formular sus reglas de aplicación; de las conexiones necesarias entre los conceptos y del sistema entero de aquellos que son fundamentales en cada ciencia; y, por supuesto de la relación del lenguaje de la ciencia con la realidad. Es decir, nada impide el planteamiento de los problemas filosóficos más estrictos. En todo caso, lo que después de esta consideración habría que añadir a las tareas de la filosofía analítica es el problema de las posibles relaciones entre lenguaje ordinario y lenguaje científico —de modo de hacer comprensible esta doble forma de nuestro trato con la realidad.

Al hablar de los conceptos fundamentales de cada ciencia, no indicamos aquellos que son comunes a todas ellas. Cada ciencia maneja los conceptos que requiere para su área de estudio pero, además, emplea otros que definen toda actividad científica, por ejemplo: hipótesis, descripción, teoría,

ley, predicción, explicación y prueba. Son nociones que surgen en el trabajo metódico de la investigación y que los especialistas emplean en sus tareas normales, pero que tienen un campo de aplicación más general. Y, en consecuencia, su tratamiento en cuanto a su significado y conexión con otros corresponde a la filosofía y no a la práctica científica. En todos los casos aludidos —los del lenguaje ordinario, los de los conceptos fundamentales de cada disciplina y los surgidos en toda investigación científica—, de lo que se trata es de establecer las condiciones necesarias y suficientes de la aplicación de cada expresión o de cada concepto. Aunque no sólo de esto, desde luego.

El énfasis en los aspectos estructurales y en los enlaces necesarios entre conceptos añade un elemento nuevo en el análisis que, sin embargo, no implica compromiso alguno con el empirismo ni con ninguna doctrina metafísica acerca de la realidad. Por su propia naturaleza, el análisis filosófico no pretende justificar ideales morales de vida, como no pretende tampoco conocimiento directo sobre la realidad o sobre el sentido último de sus procesos, ni puede colmar las lagunas del saber científico. Lo que ofrece el análisis son conocimientos filosóficos en el sentido más estricto, por ejemplo, de carácter lógico, semántico o epistemológico. Y esto supone que, aun cuando el análisis va en busca de las estructuras más generales de la experiencia que registra el lenguaje, estas estructuras no son otra cosa que relaciones entre conceptos. Y no hay camino lógicamente seguro para transitar de una mera articulación conceptual a las estructuras de la realidad.

Esta es la razón por la cual la investigación filosófica contemporánea no repite los pasos de la tradición clásica. La metafísica tradicional da por sentado que, al describir un sistema de conceptos fundamentales, rigurosamente enlazados, reproduce la totalidad de lo real y su organización jerárquica. Como si la mera articulación de todos los conceptos pudiera garantizar una idea arquitectónica de la realidad y, al mismo tiempo, garantizar la convicción de que las estructuras de los diversos sectores de entes se agotan o se captan en estructuras conceptuales.

El análisis intenta elucidar el significado de expresiones, términos y conceptos —lo mismo en el lenguaje ordinario que en el de las teorías científicas—, poner al descubierto sus elementos más simples, sus enlaces necesarios y sus estructuras más complejas desde el punto de vista lógico. Finalmente, ofrece teorías para dar respuesta a los problemas y explicar las perplejidades que surgen en semejante empresa, y somete estas teorías a un examen crítico. Pero de ninguna manera da por supuesto que la gramática pueda revelar la estructura de los hechos del mundo.

III

Análisis y descripciones, sistematizaciones y teorías, exámenes y críticas, constituyen lo que se llama filosofía analítica que en ningún caso puede convertir sus teorías acerca de las estructuras del lenguaje —por generales que puedan ser— en conocimientos acerca de las estructuras de la realidad. Tal pretensión sería un intento vano de subsistir en sus tareas a las disciplinas científicas —si se tratara de conocimientos empíricos relativos a los diversos sectores del universo. Y si quisiera ofrecer doctrinas acerca de la totalidad de estos sectores, el intento —no menos vano—, la convertiría en una

propuesta metafísica, es decir, en una tesis sobre el sentido o sobre la estructura de la totalidad de la realidad: núcleo y arranque de toda concepción del mundo.

El lenguaje de la vida diaria contiene en sus estructuras la totalidad de la experiencia común, es decir, el inventario de formas conceptuales con que el hombre ordinario de una cierta época y ligado a una tradición ha interpretado la realidad. De sus afirmaciones más triviales —por supuesto de afirmaciones de una cierta clase, por ejemplo, las llamadas “variables ligadas”— se sigue toda una ontología, que es la porción modular de la metafísica. De parecida manera, una teoría científica —destinada a predecir acontecimientos futuros a la luz de una experiencia pasada—, al interpretar un fragmento de la realidad queda comprometida, por virtud de sus estructuras conceptuales, a aceptar la existencia de ciertas entidades —y de sus afirmaciones se sigue toda una ontología regional. En este sentido se dice que prolonga la tarea del hombre ordinario, en cuanto añade precisión, simplicidad y congruencia a un conjunto de conceptos en beneficio de la teoría.

Del estudio de los conceptos y de las estructuras del lenguaje ordinario, el análisis filosófico puede extraer los esquemas ontológicos y los supuestos de toda índole a que el discurso de la experiencia común queda comprometido, si es que sus afirmaciones quieren ser verdaderas. Estos esquemas y supuestos, más o menos explícitos en las grandes obras clásicas del pensamiento humano, suelen alcanzar una grande complejidad y rebasar propiamente los terrenos de la ontología y hasta de la metafísica, para intentar la justificación de los principios últimos de la vida práctica. En tal caso constituyen lo que se llama una concepción del mundo, un cuerpo de doctrina que es expresión de una actitud moral.

Visto de esta manera se entiende que cuando una concepción del mundo, o simplemente sus esquemas conceptuales básicos, son juzgados a partir de esquemas y concepciones diferentes, sus afirmaciones en apariencia más obvias pierden validez. Y nuestra aceptación de una determinada concepción del mundo, como nuestro juicio sobre cuestiones últimas de ontologías rivales, tienen más relación con tradiciones culturales que con conclusiones probadas de lógica y semántica. Para esto hay una razón muy simple que ya ha quedado dicha: el análisis filosófico no va más allá de las estructuras del lenguaje y, sobre esta base, no es posible alcanzar respuestas sobre las estructuras de la realidad. Las teorías de la filosofía analítica se refieren a aquello que está registrado en el lenguaje, implicado o supuesto; las doctrinas sobre la totalidad de lo real y sus estructuras fundamentales plantean cuestiones de otro tipo con las cuales la filosofía en sentido estricto tiene poco que hacer.

Algo tiene que hacer, sin embargo. El análisis de los lenguajes cuyos conceptos postulan entidades y cuyas estructuras lingüísticas resultan ser muy generales y sólidamente establecidas, puede ofrecer descripciones cuidadosas de cada uno de ellos, pruebas de su consistencia y caracterizaciones de las discrepancias. Y para esto no necesita añadir nuevos supuestos a sus tareas, basta con aceptar que hay formas lingüísticas y que estas formas son susceptibles de análisis. Cualquier pretensión acerca de un lenguaje sujeto a examen o aún de la totalidad de los existentes o posibles, en el sentido de que sus recursos expresivos agotan la totalidad de los hechos del mundo, representa un salto más allá de los propios límites —un salto cuando menos cuestionable. Se trata, por tanto, de análisis descriptivos, de intentos de esclarecer

el funcionamiento efectivo de las palabras y no de cambiarlas; se trata más bien de observar usos que de establecer reglas; de descubrir relaciones sistemáticas entre los conceptos y no de proponer cambios en estas relaciones o de construir sistemas nuevos.

En este sentido, se puede hablar de la neutralidad ontológica del análisis filosófico frente al compromiso del lenguaje ordinario, de las teorías científicas y de las concepciones del mundo. La distancia frente a la aceptación de entidades que el análisis puede mantener de modo permanente se debe tan sólo a que sus planteamientos, sus problemas y sus soluciones son cuestiones acerca de palabras —que solamente una consideración superficial podría confundir con cuestiones acerca de las cosas del mundo. Por su programa mismo, la llamada metafísica descriptiva intenta mantenerse dentro de los límites del análisis y no proponer estructuras alternativas a aquellas que registra el uso lingüístico normal. Y, por otra parte, este programa no obliga de una manera necesaria a suponer que los esquemas conceptuales del lenguaje ordinario sean invariables, ni que la antropología no pueda mostrar que otros lenguajes diferentes reproducen de otra manera la experiencia humana.

La neutralidad ontológica debe entenderse de un modo semejante a como se ha entendido la libertad frente a los valores en la investigación de las ciencias sociales: no se trata de la neutralidad del filósofo sino del análisis mismo y de sus teorías acerca del lenguaje. Cada filósofo habrá de intentar la justificación moral de su tarea por la vía que más le convenza, pero su actividad crítica frente al lenguaje, si ha de ser tenida como analítica, ha de distinguirse de la actividad específica cumplida por referencia a entidades extralingüísticas cualquiera que sea su relevancia práctica. Tratar con entidades mediante el uso de conceptos es una empresa distinta de aquella que averigua cómo tales conceptos son usados y qué relaciones con otros conceptos se revelan en tales usos.

Hay, por tanto, un cierto hiato entre la práctica del análisis y sus resultados, por una parte, y los compromisos del discurso ordinario y del discurso científico, por la otra. En todo caso, no sería posible derivar enunciados de valor ontológico acerca de la realidad del mundo de los resultados del análisis. Y el criterio para ponderar aquello que estos enunciados aceptan como algo que se da en el mundo, es justo el llamado compromiso ontológico: este criterio permite poner al descubierto las implicaciones del lenguaje. Por supuesto, no dependen del lenguaje las realidades del mundo, pero sí depende de él lo que podemos decir acerca de aquellas realidades.

IV

Lo que puede ofrecernos la investigación sobre el lenguaje es justamente la determinación clara de lo que las teorías científicas y las concepciones del mundo dicen acerca de la realidad y de sus estructuras. Esto es, puede darnos las ontologías implícitas en los lenguajes examinados. Todo lo cual se puede describir de una manera consistente sin que el análisis pretenda ofrecer nuevas informaciones acerca de la realidad extralingüística —sin que pretenda siquiera defender nuevos conceptos básicos o introducir modificaciones en los estudios. Simplemente pone las dificultades en su sitio al hacer ver que las controversias en materia de ontología suponen siempre dificultades en los conceptos básicos. De esta manera, delimita el terreno en que las discusiones y las pruebas de los argumentos son posibles.

El paso de las cuestiones lingüísticas a las relativas a las realidades del mundo —o, si se quiere, el paso en dirección inversa— constituye una verdadera línea de demarcación y no un recurso accidental o una mera estrategia de la investigación teórica. Lo que sucede es que toda investigación científica, como toda argumentación moral, puede verse en el caso de recurrir al análisis filosófico cuando sus dificultades alcanzan un cierto nivel. En este punto resulta aconsejable abandonar el problema primario para retroceder a cuestiones secundarias y residuales —las cuestiones conceptuales básicas que son los problemas típicos de la filosofía. Y el hecho de que esto muestre su utilidad en el tratamiento de un amplio campo de problemas científicos y morales no es sino una prueba de la amplitud de complejidad de las cuestiones filosóficas de que se ha dado cuenta en los primeros apartados de este ensayo.

La distinción acabada de apuntar debe entenderse de una manera más fuerte que aquella en que la ciencia entiende las diferencias entre las disciplinas: diversos conglomerados de problemas y de intentos de solución más o menos bien delimitados. En un sentido muy claro hay una continuidad entre los diversos estudios y especializaciones de las ciencias. Aún puede decirse que la ontología es continua con las disciplinas científicas en cuanto a su objeto, puesto que lo que la distingue frente a ellas son diferencias en los niveles de generalidad y en las posibilidades de someter a prueba sus afirmaciones. Y lo mismo habrá que decir de la metafísica y de las concepciones del mundo. En todos estos casos, se describe o se discute el comportamiento, la estructura y la naturaleza de los hechos del mundo —nunca nuestra manera de hablar acerca de ellos.

Nadie pretende un exilio cósmico ni una distancia infinita. No se trata de la neutralidad del filósofo analítico en cuanto tal, sino del peculiar ejercicio del análisis en vista de la naturaleza de su objeto y de la exigencia de que como investigador sea capaz de distinguir críticamente las dos tareas. Los límites del análisis, sin embargo, no son los de la filosofía —y las señales que indican estos límites no son tan transparentes como las hemos hecho aparecer hasta ahora.

La filosofía analítica, en el sentido estricto en que se ha tratado de caracterizar, no es toda la filosofía. Al lado del análisis están las propuestas ontológicas propiamente dichas —y el desarrollo sistemático de estas propuestas hasta la presentación de las estructuras de la totalidad de la realidad, comprendidos hechos y valores en un cuerpo de doctrina, en una concepción del mundo. Se trata de dos tareas intelectuales distintas cuya diferencia fundamental radica en sus funciones prácticas, pero cuyo punto de encuentro es justamente el paso del análisis a las propuestas de la ontología.

Sería difícil negar este paso, que de alguna manera recuerda el salto que —hace más de cuatro décadas— pretendía la escuela fenomenológica entre el fin del análisis descriptivo del fenómeno y la intuición de la esencia. Pero tampoco hay ninguna ganancia en oscurecerlo con opiniones confusas acerca de cómo se relaciona el lenguaje con el mundo.

